

## «... en la murciana huerta»: representación y evocación de un paisaje de oasis español<sup>1</sup>

José Miguel López Castillo<sup>2</sup>

Recibido: 31 de enero de 2021 / Aceptado: 5 de abril de 2021

**Resumen.** El paisaje de un territorio, como parte del valor cultural, patrimonial y artístico que lleva implícito, también suscita en su conjunto otra valoración que va inherentemente asociada a la identidad de cada lugar. La Huerta de Murcia, como entorno natural manejado por la mano del hombre a lo largo de su historia, ha pasado a ser un referente paisajístico desde el siglo XIX gracias a las diferentes manifestaciones artísticas y literarias que lo potenciaron como recurso identitario. El conjunto natural, representado por una particular vegetación, en parte importada por las diferentes culturas que en esta región se asentaron, conformó, junto con la importancia del agua en esta comarca, la definitiva percepción de oasis, edén o arcadía.

**Palabras clave:** Paisaje, Huerta de Murcia, siglo XIX, cultura visual, oasis español.

## [en] «... en la murciana huerta»: representation and evocation of a Spanish oasis landscape

**Abstract.** The landscape of a territory as part of the cultural, heritage and artistic value that it carries implicitly, also elicits a whole another assessment that is inherently associated with the identity of each place. The Huerta de Murcia, as a natural environment managed by the hand of man throughout its history, has become a landscape reference since the nineteenth century thanks to the different artistic and literary manifestations that enhanced it as an identity resource. The natural set, represented by a particular vegetation, partly imported by the different cultures that settled in this region, formed, together with the importance of water in this area, the definitive perfection of oasis, eden or arcadia.

**Keywords:** Landscape, Huerta de Murcia, nineteenth century, visual culture, Spanish oasis.

**Sumario.** 1. La huerta como paisaje evocador dentro de la literatura y la poesía. 2. Entorno geográfico y cartografías de la Huerta de Murcia. 3. La huerta en la prensa del siglo XIX. 4. Una naturaleza ordenada. La Huerta de Murcia como paisaje en el arte. 4.1. Alegorías paisajísticas. 4.2 Las sendas huertanas que recorre la fotografía. 5. Consideraciones finales. Bibliografía.

**Cómo citar:** López Castillo, José Miguel (2021). «... en la murciana huerta»: representación y evocación de un paisaje de oasis español, en *Anales de Historia del Arte* n° 31 (2021), 283-309.

<sup>1</sup> El presente estudio se ha realizado dentro del contexto de la ayuda de la Beca FPU (FPU17/00039) del Ministerio de Educación, Cultura y Deportes y del Proyecto de Investigación I+D Excelencia HAR2017-83666-P, *El documental de arte en España (1939-1975)*, financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad.

<sup>2</sup> Universidad de Murcia  
[jm.lopez@um.es](mailto:jm.lopez@um.es)  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3137-6997>.

«En tu envidiable huerta, en tus fecundos valles, brotaba el blanco lino y la dorada mies, y en apiñados grupos, formaban largas calles, las palmas, los olivos, el sauce y el ciprés»<sup>3</sup>.

Con toda probabilidad, la comarca que abarca la Huerta de Murcia ha sido uno de los paisajes que con más precisión captó la atención de los artistas e intelectuales del siglo XIX, quedando como un entorno natural representativo y cultural de esta región a partir de esa centuria, y que ha perdurado hasta la actualidad. Sin embargo, esta *naturaleza ordenada* no solo quedaría plasmada en grabados, pinturas, fotografías o litografías, pues en los dos últimos siglos la literatura también se hizo eco de aquel paradisíaco *oasis* del Levante español, el cual embriagó la pluma de aquellos viajeros y literatos románticos de España y Europa que visitaron el antiguo reino y posterior provincia de Murcia. Así, el paisaje ha sido uno de los elementos más destacables que han servido para singularizar el territorio, como es el que caso que trataremos a continuación, pues es un concepto impregnado de diversos matices que expresan la cultura y la historia de un espacio geográfico<sup>4</sup>. De este modo, este paisaje también se ha diferenciado o relacionado con el de otras regiones españolas, como puede ser el caso de las huertas valencianas y las similitudes mantenidas con el murciano.

En base a estos planteamientos, hay diversos textos que abordan argumentos relacionados con el paisaje en sus diferentes vertientes, esencialmente desde el ámbito de la geografía, aunque también contamos con estudios sobre el paisaje en las áreas de la historia y la historia del arte. Todos ellos aportarán una rica bibliografía para abordar diversas concepciones y percepciones del paisaje desde diferentes prismas, aunque el fin de esta investigación irá enfocado básicamente a la contribución de las distintas artes y la literatura –esencialmente la del siglo XIX– para la creación de una imagen icónica y cultural del paisaje de una de las comarcas más características de la región murciana.

El método en que abordaremos el paisaje de la Huerta de Murcia, basándonos en los planteamientos de Ortega<sup>5</sup>, estará más en la vertiente de lo artístico y literario, aunque también tendrá presente, en menor medida, el ámbito científico de este. Así, profundizaremos en los primeros testimonios literarios del Medievo y la Edad Moderna que comenzaron a conformar una percepción inicial del paisaje de la vega del Segura para, posteriormente, centrarnos en la literatura –relatos de viaje, libros, prensa, etc.– y las artes decimonónicas. De este modo, según los estudios de Torres-Fontes<sup>6</sup>, los relatos de viaje complementarán el documento visual, añadiendo el valor intrínseco que conlleva la visión directa –en ocasiones un tanto edulcorada– que aquellos viajeros distinguieron del paisaje de esta comarca como ensoñado jardín, creando de esta forma una imagen ideal. Aunque como matiza Páez Burruezo, para esto se desarrolló durante la segunda mitad del siglo XIX la pintura y la fotografía de

<sup>3</sup> Extracto de la poesía *A Murcia. Con motivo de la inundación del 15 de octubre*, firmada por J. María Sánchez L. de Ayora el 23 de octubre de 1879. En *Semanario Murciano*. 21 de noviembre de 1879, 7.

<sup>4</sup> Nogué i Font, J. (2007). Paisaje, identidad y globalización. *Fabrikart: arte, tecnología, industria, sociedad*, 7, 373-382.

<sup>5</sup> Ortega Cantero, N. (2004). Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje. En N. Ortega (Ed.), *Naturaleza y cultura del paisaje* (pp. 9-36). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

<sup>6</sup> Torres-Fontes Suárez, C. (1996). *Viajes de extranjeros por el Reino de Murcia*. Murcia: Asamblea Regional y Real Academia Alfonso X el Sabio, 15.

costumbres, de la que sí se puede realizar un análisis visual más concreto de lo descrito en la que «[...] representar la estampa de usos, modos y costumbres de la huerta murciana»<sup>7</sup>, dentro del contexto paisajístico que trataremos. En este mismo margen de ideas, a partir del último tercio del siglo XIX, en lo referente al paisaje en el arte, los diversos acontecimientos políticos que se sucedieron en este periodo fueron los que reactivaron las exposiciones regionalistas con el fin de potenciar la creencia en las escuelas de territorios periféricos de la capital, tales como la escuela de Cataluña, Galicia, Andalucía, Valencia, etc.<sup>8</sup>. Por tanto, veremos que se comenzó a gestar un arte que amparaba los principales valores identitarios de cada territorio español y, en este caso, el paisaje cobró especial atención.

Conjuntamente, muchos de los textos que expondremos durante la investigación, algunos de ellos procedentes de la naciente prensa ilustrada de mediados del ochocientos, venían ya acompañados con pequeños grabados o dibujos que servían de recurso óptico con el que acompañar al relato y que, a su vez, daban una visión más concreta de la que ya se estaba forjando en la literatura sobre esta región en general. Otras obras literarias como, por ejemplo, las de los poetas José Zorrilla y Vicente Medina<sup>9</sup> incorporaron grabados o fotografías paisajísticas de la huerta murciana –algunas con tipos populares y el paisaje urbano de fondo– que, en algunos casos, daban visibilidad a su personal cosmografía de esta feraz comarca. Estas ideas enlazan con la que Ortega plasma en su obra sobre el pensamiento filosófico del Romanticismo y la nueva sensibilidad que desarrolló en las percepciones de índole artístico y poético<sup>10</sup>, pues finalmente estos conceptos estuvieron presentes dentro del imaginario colectivo de la Europa decimonónica.

En definitiva, toda esta enjundia artística y literaria fue paradigma y corresponsable de la creación de un conjunto paisajístico global de todo el municipio. Así, de este concepto, un tanto complejo como específica Hernández, resulta una nutrida combinación de aspectos a destacar: los naturales, los históricos, los funcionales y, en este caso, también los artísticos. Por tales asuntos, el paisaje adopta connotaciones simbólicas y subjetivas y, en consecuencia, refleja la herencia cultural de la sociedad que lo ha habitado y de su identidad, siendo también la consecuencia de unas prácticas históricas ejercidas por esa cultura sobre el territorio<sup>11</sup>, en la que el conjunto humano también formó parte del acervo natural y paisajístico. Esta misma idea la comparte Nogué<sup>12</sup>, puesto que, este paisaje en concreto, como otros muchos, no solo participaba de lo visible, también lo conformaban las tradiciones, la sociedad, los olores, los sonidos, el tacto..., y diversas impresiones sensoriales con un alto contenido espacial y temporal.

Ahora bien, como matiza Iranzo, este entorno se ha convertido en el patrimonio de los murcianos, pues gran parte de la sociedad de esta ciudad, y también de la región, ha sido quien lo ha patrimonializado<sup>13</sup>. No obstante, artistas autóctonos y forá-

<sup>7</sup> Páez Burruezo, M. (2012). *Un ciclo pictórico regional. Murcia 1800-1930*. Murcia: Pictografía, 46-48.

<sup>8</sup> Pena López, C. (2010). Paisajismo e identidad. *Arte español. Estudios Geográficos*, 269, 505-543.

<sup>9</sup> En el caso de algunas obras de este poeta como, por ejemplo, *Aires murcianos* (1929), guardan la peculiaridad de que las fotografías paisajísticas que las ilustran fueron realizadas por el mismo autor.

<sup>10</sup> Ortega Cantero, N. (2004). *op. cit.*

<sup>11</sup> Hernández Hernández, M. (2009). El paisaje como seña de identidad territorial: valorización social y factor de desarrollo, ¿utopía o realidad?. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 49, 169-183.

<sup>12</sup> Nogué i Font, J. (2007). *op. cit.*

<sup>13</sup> Iranzo García, E. y Vega Zamorano, E. de la (2018). Los valores paisajísticos de la Huerta de Valencia y su potencial didáctico. *Revista Otarq*, 3, 168-194.

neos al mismo tiempo fueron los que durante siglos vieron en este paisaje un recurso con el que idealizar la realidad y patentar un marcado sabor territorial en sus obras. Por este asunto, nos interesa señalar la gran labor que el arte ha jugado durante las etapas contemporáneas como exponente ideal y/o real de la Huerta de Murcia. Díez y Sanchis, por su parte, señalan que la imagen cultural que se ha creado de estos escenarios suburbanos del Mediterráneo durante las dos últimas centurias es fundamental, ya que se ha constituido como expresión de una identidad colectiva y ha alcanzado la categoría de un potencial símbolo de singularidad del territorio. Todo ello, tras un diverso y complejo proceso de construcción cultural, ha quedado como un paisaje de referencia nacional e internacional<sup>14</sup>.

## 1. La huerta como paisaje evocador dentro de la literatura y la poesía

El humanista e historiador murciano Francisco Cascales en sus *Discursos históricos de Murcia, y su Reino*, primera edición impresa en 1621, ya fijó que el topónimo dado a esta ciudad desde época romana quedaba asociado a la vegetación y al paisaje del entorno del valle del Segura, como el nombre dado a la divinidad romana de Venus *Murtia* o Murcia, de mirto, relacionada con este arbusto, también conocido como arrayán. Según el licenciado Cascales, tal a sus investigaciones y conclusiones sobre el sentido etimológico de Murcia, estableció que el paisaje fue el que condicionó el nombre del lugar antes de la fundación de la propia ciudad en época musulmana (Medina Mursiya):

De Murto se dice Murcia Venus. Agora pues, quando los Romanos llegados á este Lugar, que Plinio dice Murci, vieron la frescura del rio, y todas sus riberas cubiertas de murtas (porque no hay tierra en toda España donde mayor facilidad, y feracidad nazcan) juzgaron asistir en él como lugar particularmente suyo la Venus Murcia, amiga de aguas, y murtas, y así por la gran devoción que la tenían, es cosa muy verisímil, que añadiendo la letra a, la dirían llanamente Murcia<sup>15</sup>.

En la génesis de los escritos medievales sobre la Huerta de Murcia, una vez reorganizado y roturado el territorio circundante de la recién fundada Medina Mursiya tras la llegada de la cultura musulmana, nos encontramos con prístinos testimonios que aluden a sus huertos y jardines –o, mejor dicho, como huertos hechos jardines– que, como apuntan Calvo y Olivares<sup>16</sup>, llamaron poderosamente la atención a aquellos primeros literatos islamitas. Al-Idrisi, el geógrafo árabe más destacado de toda la Edad Media, a mediados del siglo XII subrayaba en su obra *Recreo de quien desea recorrer el mundo* que en Murcia había que distinguir la belleza de su huerta y sus jardines, al referirse a ellos como terrenos cultivados que no producen emolumento. Al-Saqundi, por su parte, además de valorar a sus pobladores, estimaba la belleza de los alrededores de la ciudad, pues «abundan los jardines de ramas ondulantes». Esta

<sup>14</sup> Díez Torrijos, I. y Sanchis Ibor, C. (2007). Territorio e imagen. La percepción del paisaje de la Huerta de Valencia. *Saitabi*, 57, 63-76.

<sup>15</sup> Cascales, F. (1775). *Discursos históricos de Murcia, y su Reino*. Murcia: Francisco Benedito. Impresor y Mercader de Libros, 5.

<sup>16</sup> Calvo García-Tornel, F. y Olivares Galván, P. (1968). La huerta de Murcia en los siglos XII y XIII. *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras*, 26(4), 423-432.

misma forma de describir los arrabales murcianos la compartió paralelamente al autor anterior Al-Magribi, quien elogiaba proverbialmente los huertos frondosos, jardines olorosos y su variedad de frutos<sup>17</sup>. Mientras tanto, ya en la segunda mitad del siglo XIII, el exiliado poeta Ibn Said recordaba con nostalgia su pasado murciano al evocar el hermoso paisaje que lo componía:

Y también, Murcia mía, con tu recuerdo lloro, ¡oh, entre fértiles huertas, deleitosa mansión! Allí se alzó a mi vista el sol a quien adoro, y cuyos vivos rayos aún guarda el corazón. Pasaron estas dichas, pasaron como un sueño; nada en pos ha venido que las haga olvidar; cuanto Egipto me ofrece menosprecio y desdén; de este mal de la ausencia no consigo sanar<sup>18</sup>.

En la transición de la Edad Media a la Moderna, el humanista austriaco Hieronymus Münzer testimonió el paisaje, entre otros muchos asuntos, como forma de valoración, por lo que cuando describió la ciudad de Murcia la situó en medio de una extensa y bella planicie rodeada de montañas, comparándola con el entorno paisajístico que envolvía la ciudad de Milán. En este caso, bajo los preceptos de aquella corriente renacentista, este autor ya percibió por primera vez en su obra la orografía de la vega murciana. De esta misma corriente, pero de finales del siglo XVI, añadimos otro texto que describe el espacio circundante de Murcia. Sin duda, una interesante descripción ya que reseña y da una imagen del panorama y vegetación de Murcia, pues de esta ciudad se decía que «[...] es lugar de mucha seda. Sus salidas por cualquier parte son amenísimas. Ay muchos naranjos y otros agrios, y muchas moreras: y sus naturales se dispusiesen a labrar la seda como en Granada y Valencia, sería Murcia uno de los más Ricos pueblos de Europa [...]»<sup>19</sup>.

En siglos posteriores, y con los presupuestos del pensamiento que emanaba de la Ilustración, el joven irlandés Christopher Hervey, en *Letters from Portugal, Spain, Italy and Germany, in the years 1759, 1760 and 1761*, tachaba de rural a la capital del Segura. En cambio, su climatología agradable y su paisaje le hacían sentir sensaciones poéticas, pues «la bondad y belleza de la huerta le invitaba a acudir a las musas»<sup>20</sup>. Otro ilustrado, en este caso español, como lo fue el historiador Juan Agustín Ceán Bermúdez, en su obra *Viajes del Sr. Ceán por Andalucía, Extremadura, Murcia y Valencia*, señalaba en su exígua descripción sobre Murcia que «esta ciudad será la mejor situada de toda la España, en una basta llanura y rodeada de su fertilísima y regada huerta en tramos, moreras, naranjos, verduras, exquisitas frutas y otras cosas»<sup>21</sup>, siendo, junto con la torre de la catedral, lo más positivo que advirtió de la capital del Segura.

El juicio ilustrado hizo mutar el discurso poético del Medievo hacia una visión de la huerta mucho más racional. Además, como señala Ortega<sup>22</sup>, desde finales del siglo XVIII, en base a las obras de Rousseau y de Bernardin de Saint-Pierre, nace una

<sup>17</sup> Torres-Fontes Suárez, C. (1996). *op. cit.*, 41-50.

<sup>18</sup> Torres Fontes, J. (1993). Vaivén musulmán murciano. *Murgetana*, 86, 5-17.

<sup>19</sup> MS. (1590). *Floresta española o Descripción de cosas nobles de las ciudades episcopales de España y Portugal*. Biblioteca Nacional del España, Sig. Mss/5989.

<sup>20</sup> Torres-Fontes Suárez, C. (1996). *op. cit.*, 58-86.

<sup>21</sup> Ceán Bermúdez, J.A. (1786). *Viajes del Sr. Ceán por Andalucía, Extremadura, Murcia y Valencia*. Biblioteca Nacional de España, Sig. Mss/21454/5.

<sup>22</sup> Ortega Cantero, N. (2004). *op. cit.*

nueva forma de sentir la naturaleza y el paisaje, lo que conformaría la nueva sensibilidad romántica que influiría notablemente en la literatura y el arte de la siguiente centuria. No obstante, en la prensa de finales del siglo XVIII se atisba igualmente el panorama paisajístico representativo que tratamos, contextualizado entre los diferentes cambios sociales y culturales que florecieron a las luces de este siglo. En el *Correo de Murcia*, tras unos capítulos dedicados a la historia de la Reconquista del reino, los autores de este se centraban en una serie de «discursos útiles y patrióticas observaciones» sobre la producción del terreno «de que son productivas la hermosa Huerta de Murcia», pues «no hay duda que deberían ocupar el primer lugar, y superior orden, los escritos, notas, y averiguaciones Patrióticas, que prácticamente pudieran circunscribir los habitantes de tan ameno Parayso»<sup>23</sup>.

Finalmente, el modelo descriptivo sobre el paisaje que se dio en las centurias anteriores, donde se realizaban verdaderas apologías sobre este asunto, tales como las feracidades de algunas comarcas –campiñas, valles, montañas...–, de las amenas riberas de ríos, de los caminos y de la sociedad que los transitaban, estuvo también presente hasta el siglo XIX<sup>24</sup>. No obstante, la literatura del ochocientos es, sin duda, la que cristalizó definitivamente la imagen de la naturaleza que componía el conjunto paisajístico de la Huerta de Murcia, y muy especialmente dentro de los libros de los viajeros extranjeros que hasta esta tierra llegaron –asunto principal que pretendemos subrayar durante este epígrafe–. Durante esta centuria brotaron decenas de descripciones que mostraban al resto del continente aquella pintoresca, exótica y oriental visión que dibujaban los entornos inmediatos a la capital del Segura, en muchas ocasiones comparándolo con otros paisajes de huerta que ya había contemplado: Valencia –las más paragonada por las muchas similitudes–, Granada, Orihuela, Elche... Lo que percibieron estos turistas procedentes de otros países de Europa –generalmente de Francia e Inglaterra– fue, como ya advertimos, un verdadero oasis dentro de una extensa y árida comarca que rodeaba la vega del municipio murciano<sup>25</sup>. Así lo describió el archiduque Maximiliano de Austria, uno de los intrépidos viajeros que se aventuraron a conocer algo más de este territorio. Tras haber visitado la ciudad portuaria de Cartagena se adentró hasta la capital, y no dudó en comparar este panorama con el que presenciaron los antiguos hebreos en su periplo desde el Sinaí hasta Canaán:

Cuando hubimos pasado la divisoria rocosa, se nos ofreció un paisaje magnífico y encantador: la huerta de Murcia en toda su plenitud y magnificencia estivales, una feraz llanura sembrada de verde y oro, rica en perlas y soleada, rodeada por una diadema, bien que de desnudas aunque notables formadas montañas que brillaban en tonos meridionales de manera espléndida [...]<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> *Correo de Murcia*. 5 de febrero de 1793, 82-83.

<sup>24</sup> Quirós Linares, F. (2004). El paisaje urbano de la geografía española moderna. En N. Ortega (Ed.), *Naturaleza y cultura del paisaje* (171-199). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

<sup>25</sup> Si esta vega recibe el nombre del principal río que por ella transcurre, el Segura, no olvidemos que, además, en esta comarca transcurre otro río, el Guadalentín –que es uno de los afluentes del Segura–, el cual también riega parte de esta rica comarca, discurriendo por el margen derecho del Segura y las huertas del sur de la ciudad de Murcia.

<sup>26</sup> Frey Sánchez, A. V. (2005). Más viajes de extranjeros por el Reino de Murcia. El archiduque Maximiliano de Austria en Murcia (1851-1852). *Murgetana*, 113, 99-120.



El inglés Richard Twiss, como el anterior, también se aventuró a conocer algo más de la provincia, y argumentó en su visita a las ciudades de Cartagena y Murcia los tres tipos de paisajes totalmente contrapuestos que se observaban durante el recorrido entre ambas urbes «uno de moreras, huertano, otro de dificultosas cadenas montañosas y luego amplios campos de cebada»<sup>27</sup>. Sin duda, las perspectivas variaban bruscamente, pero no dejaban de ser sorprendentes para el visitante. Por tanto, en infinidad de textos aparecerán tres conceptos románticos que describían la enorme impresión que el foráneo tenía al contemplar esta comarca: oasis, edén o arcadia. Al respecto de esta sublimada visión, el francés Theodore Vernes D'Arlandes en *Algerie á Travers L'Espagne et le Maroc* (1881) aseguró que Murcia «[...] ha permanecido de tal manera invariable, que de creer a sus habitantes, si Adán volviera a este mundo, la reconocería sin titubear. No hay ningún jardín en Francia, vuelvo a repetirlo, cultivado como esta tierra [...]»<sup>28</sup>. Por estos asuntos, insistimos en el concepto de oasis que en la literatura de viajes queda siempre perpetuado, asunto que también advirtió el viajero inglés F. H. Deverell en su obra *All round Spain by road and rail with a short account of visit to Andorra* (1884) «verdaderamente es un jardín de la abundancia, una representación de la fertilidad»<sup>29</sup>. Estas descripciones de viajes enlazan perfectamente con los estudios actuales sobre la percepción del paisaje a lo largo de la historia, pues la manera de percibir y definir este concepto radicó en la subjetividad y en la experiencia personal previa de cada visitante extranjero o, incluso, nacional, el cual ya se había formado continuamente mediante el aprendizaje individual y social de su entorno<sup>30</sup>.

En paralelo a las descripciones de viajes, una de las principales figuras de la poesía española del Romanticismo español, el vallisoletano José Zorrilla y Moral, también tuvo presente entre sus composiciones unas deliciosas odas dedicadas a la capital del Segura. Este autor quería compartir el cariño que profesaba hacia esta ciudad y su paisaje. Entre los diversos elogios descuellan numerosos versos alusivos a la imagen de la huerta:

Y aquella fértil cañada, que es de Múrcia la portada, de quien su huerta es alfombra, y á quien da el monte la sombra del toldo de su enramada [...]. Dice un rawí musulmán que Múrcia es un tulipán con aroma de jazmín, que Dios regaló al sultán que su huerta hizo jardín; que su huerta es un verjel que da en su tierra jugosa desde la palma al clavel, y una fruta más sabrosa y más dulce que la miel. Múrcia es un pomo de esencia, que guarda los mil aromas de toda la eflorescencia que hoy va buscando la ciencia por bosques, valles y lomas [...]»<sup>31</sup>.

De 1862 también testimoniamos la impresión que la reina Isabel II y la familia real tuvieron tras la visita oficial a esta ciudad como colofón al viaje realizado por las provincias de Andalucía y la ciudad de Cartagena durante los meses de septiembre y octubre de aquel año. El cronista oficial de este viaje, Fernando Cos-Gayon, redactó la admirable panorámica de la vega que se divisa desde uno de los principales balco-

<sup>27</sup> Torres-Fontes Suárez, C. (1996). *op. cit.*, 93.

<sup>28</sup> *Ibid.*, 974

<sup>29</sup> *Ibid.*, 1023-1026.

<sup>30</sup> Zubelzu Mínguez, S. y Allende Álvarez, F. (2015). El concepto de paisaje y sus elementos constituyentes: requisitos para la adecuada gestión del recurso y adaptación de los instrumentos legales en España. *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, 24(1), 29-42.

<sup>31</sup> Zorrilla Moral, J. (1888). *De Murcia al cielo*. Madrid: R. Velasco, Impresor. 22-23.

nes del municipio, el santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta, sito en la pedanía de Algezares, al sur de la ciudad:

Por desgracia, la atmósfera lluviosa no dejaba lucir como de ordinario el extenso y agradable panorama de la huerta de Murcia, y las vecinas; pero aún en tan desfavorables condiciones, quedaba la vista embelesada con la perspectiva de la hermosa llanura. Distinguíanse desde allí Murcia, Espinardo, Orihuela, y otros pueblos intermedios, el soberbio ex-monasterio de Jerónimos, las ruinas de Monteagudo, los vastos olivares, los campos sembrados de palmeras y naranjos, las líneas de espesas cañas que ocultan las acequias con cien diversos cultivos, los cercados de nopales y pitas, los blancos caseríos, el fertilizador Segura<sup>32</sup>.

Esta misma perspectiva fue la que en su efímera estancia en Murcia admiró el malogrado pintor madrileño Eduardo Rosales. En una búsqueda incansable por la cura de su debilitada salud, Rosales permaneció unas temporadas en el entorno de este santuario, donde practicó y se embelesó con el paisaje de toda la vega del Segura. Pues, según declaraciones del propio pintor, anhelaba pintar paisajes al aire libre. Asimismo, también aprovechó para inmortalizar a algún abigarrado tipo salido de aquel verdor casi eterno que proyectaba la férz comarca, como el paradigmático *Naranjero de Algezares*<sup>33</sup>.

En referencia al paisaje en su totalidad como imagen cultural, decía el poeta de murciano Vicente Medina que<sup>34</sup>:

«vuelvo á la tierra que me vió nacer, ávido de contemplar sus paisajes alegres... sus barracas ocultas en el follaje como nidos de ruiseñores... sus ancianos típicos, á la sombra del parral... sus mozos rondeantes y sus mozas candorosas y rientes... ¡Vuelvo ansioso de embriagarme en los tonos vivos de las vistosas mantas y los multicolores refajos huertanos!...»<sup>35</sup>.

Como se aprecia en los versos de este trovador de las costumbres y esencias murcianas, para él, como para otros autores, en el paisaje de huerta de ámbitos suburbanos además del componente natural se imbricaba la sustancia humana en cuanto a sus singulares modos de vida y su llamativa indumentaria. Concepto este que ya señalamos anteriormente, y que estará presente en casi todas las descripciones literarias y representaciones artísticas de esta comarca de Murcia.

## 2. Entorno geográfico y cartografías de la Huerta de Murcia

Aunque el paisaje de la Huerta de Murcia ha sido alterado por la mano del hombre a lo largo de su dilatada historia, en cuanto a las diferentes formas de explotación agraria

<sup>32</sup> Cos-Gayon, F. (1863). *Crónica del viaje de sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en septiembre de 1862*. Madrid: Imprenta Nacional, 359.

<sup>33</sup> López Delgado, J.A. (1999). *Eduardo Rosales en Murcia*. Murcia: Museo Ramón Gaya, Ayuntamiento de Murcia y Caja Murcia.

<sup>34</sup> Según la subjetividad de cada autor la imagen mostrada de este paisaje variaba. Vicente Medina, por ejemplo, natural de esta región y, por tanto, conocedor autóctono del entorno, en sus primeras obras muestra una imagen mucho más realista y con aspectos sociales mucho más denunciadores, pues tras establecerse en Argentina a principios del siglo XX denota una acusada nostalgia en sus últimas obras que le hizo finalmente idealizar en mayor grado la imagen de la huerta.

<sup>35</sup> Medina, V. (1929). *Aires murcianos*. Rosario de Santa Fe (Argentina): Imp. de Carlos Pignolo, 103.



que se han desarrollado, los accidentes geográficos que amparan y circundan la Vega Media del Segura se han mantenido prácticamente incólumes hasta la actualidad. Únicamente han variado en el revestimiento forestal, pues en algunas representaciones artísticas del siglo XIX las serranías colindantes aparecen casi en su totalidad desmochadas de arbolado<sup>36</sup>. La actual repoblación de pinos de la Cordillera Sur y otras sierras cercanas se llevó a cabo durante la primera mitad del siglo XX, cambiando el árido y plomizo panorama montañoso de la comarca en otro más verdoso y confortable.

Por tales hechos, según los criterios de Guimet, y como sucede asimismo en la vecina Huerta de Valencia, las huertas de las cuencas del Mediterráneo «no son atemporales sino una construcción social que ha evolucionado con las grandes edades de la historia de nuestro país»<sup>37</sup>. En el caso murciano, las sierras que circundan el sur de la populosa Huerta –Carrascoy, Cresta del Gallo, Columbares, Altaona, etc.– junto a los ríos Segura y Guadalentín y la red de acequias que distribuyen sus aguas, han quedado como referente visual autóctono de este paisaje, al igual que el puntal rocoso en donde se ubica el castillo medieval de Monteagudo, en el noreste de la ciudad de Murcia. Los hitos arquitectónicos que en ellos se asientan, el ya mencionado castillo y en el sur el devoto santuario de la Fuensanta –patrona de la ciudad– junto con la torre de la catedral, han atildado desde hace siglos el paisaje urbano y el espacio natural del municipio.

Pero tenemos que tener en cuenta una idea muy concreta del significado que el concepto huerta ha tenido en la propia ciudad de Murcia, pues la propia huerta se fundía con la urbe desde su fundación, conformando los vergeles y plácidos paseos de los alrededores inmediatos a la capital, porque el urbanismo medieval de la ciudad disponía de pocos espacios para el recreo, sino extramuros de esta. De este modo, esta ciudad ha vivido –y aún vive– en una simbiosis perpetua con su entorno, puesto que el desarrollo del paisaje urbano, es decir, el de la propia ciudad, siempre ha necesitado de espacios desde donde se hace visible su forma e imagen, por lo cual le da carácter dentro del territorio que la rodea. Por estos hechos, la fusión entre la urbe y su entorno natural circundante ha sido básica para su concepción y desarrollo<sup>38</sup>, y en el caso de esta ciudad es mucho más fuerte ya que la huerta no se ha entendido sin la ciudad y, mucho menos, la ciudad sin la huerta.

En un interesante documento cartográfico, *Plano de la Huerta de Murcia de la parte del Mediodía* (1721), del ingeniero Isidro Próspero Verboom<sup>39</sup>, se esboza una de las primeras representaciones de la idea que anteriormente hemos señalado del paisaje de huerta en Murcia. En esta panorámica, un tanto esquemática, de la vista de la Huerta sur de la ciudad quedan señalados todos los pueblos que salpican y circundan el municipio de Murcia, los principales puertos de montaña, el curso del río Segura y su afluente, el Guadalentín; la red de riego con las diferentes y más importan-

<sup>36</sup> La escasez de arbolado en las serranías cercanas a la ciudad de Murcia ya se hacía palpable, según documentos, desde principios del siglo XVIII. En el manuscrito de curiosidades históricas del murciano José Ramos Rocamora se decía en el año de 1731 que «por este año avia orno de vidrios en Murcia enfrente del orno de pan [de]cocer que ay de tras del convento de ntra. Sra. De las Mercedes se quito por la poca leña que ay en estos Montes». En Archivo Municipal de Murcia. J. Ramos Rocamora, *Noticias de varios casos que han acontecido en diversos pueblos y en particular en esta ciudad y Reino de Murcia*, f. 86.

<sup>37</sup> Guinot Rodríguez, E. (2008). El paisaje de la Huerta de Valencia. Elementos de interpretación de su morfología espacial de origen medieval. En V.V. A.A., *Historia de la ciudad V: Tradición y progreso* (pp. 115-129). Valencia: Colegio Oficial de Arquitectos de la Comunidad Valenciana.

<sup>38</sup> Almarcha Núñez-Herrador, E., Díez de Baldeón García, P., Peris Sánchez, D. y Sánchez Sánchez, I. (2011). *Paisajes de los Conjuntos históricos. Castilla-La Mancha*. Ciudad Real: Centro de Estudios de Castilla-La Mancha (UCLM).

<sup>39</sup> Archivo General de Simancas. Signatura: MPD, 49, 034. Ubicación Anterior: SGU, 03610.

tes acequias, además de los caminos, lugares y casas torre más destacadas de la zona. Lo que nos interesa de este documento es que se representa de forma esbozada el paisaje de una parte importante de la Huerta de Murcia. Además, se puede apreciar la casi total deforestación de las serranías que aludíamos anteriormente desde los inicios del siglo XVIII. También nos interesa subrayar la importancia que el agua ha tenido, y tiene, en el conjunto natural que riega, pues gracias a los sistemas de riego del Segura se fue creando un terreno fecundo de verdor, el cual daría definitivamente la imagen de vergel y oasis a esta comarca.

Asimismo, la Huerta y su red de acequias sirvió, en ocasiones, de bastión defensivo de la propia ciudad Murcia. Por tal asunto, queremos traer a colación un hecho que quedó materializado tras batalla del Huerto de las Bombas, pues en 1706, en el contexto de la guerra de Sucesión Española, el obispo Belluga mandó romper todos los cauces de las acequias de la huerta norte de la ciudad para frenar el avance las tropas austracistas<sup>40</sup>. Lo interesante de esta cuestión es que un siglo después (1809), el ingeniero cartagenero Pablo Domingo del Villar, plantea la defensa de Murcia ante la inminente llegada de las tropas napoleónicas en otro documento cartográfico en el que, nuevamente, se percibe el paisaje, *Plano que manifiesta la Huerta de Murcia, preparada para inundarla caso de ser amenazada de Ymbación la Capital, pr. ls. enemigs.*<sup>41</sup>, en el que nuevamente, aunque no se llegó a realizar, se pretendía utilizar el entorno natural de los alrededores como foso de defensa.

### 3. La huerta en la prensa del siglo XIX

Una de las primeras descripciones en la prensa decimonónica que alude al paisaje murciano aparece en una reseña del *Mercurio de España* en 1828. A colación del texto alusivo a las palmeras, uno de los árboles más característicos en la visión orientalizante y romántica que se le ha asignado a este territorio, el autor expresaba que:

Vista esta huerta de Murcia, desde las ventanas, balcones y azoteas de las casas del pueblo, ó desde los áridos cerros y collados que la circunvalan, produce una apariencia mágica [...]. Aún hay otro contraste en esta huerta. Por sí misma pudiera ser comparada al paraíso terrenal de nuestros primeros padres; y los collados, cerros y montañas que la rodean, son áridos, sin producción vegetal [...]. Así es que fijando la vista en la huerta, se cree uno trasportado á los campos Eliseos, y volviéndola á los cerros y montañas, se puede dudar si ha entrado ó no en las horrendas arideces del Tártaro<sup>42</sup>.

Esta comparativa con los paisajes del lugar de procedencia del viajero y con el paisaje oriental, tan en boga en el sentir romántico, fue una constante en la literatura y la prensa. Y sin duda tuvo que serlo. De este modo también se describía el panorama huertano en los semanarios de la segunda mitad del siglo XIX en base a la descripción de un viajero inglés: «[...] la huerta de Murcia debió ser sin duda el paraíso

<sup>40</sup> Mergelina, C. de (2001). La batalla del Huerto de las Bombas. El Ranero (Murcia). *Revista de Estudios Yeclanos. Yakka*, 11, 61-64 y Marín Mateos, J.A. (2019). Las inundaciones como sistema defensivo. En R. Montes (Coord.), *El agua a lo largo de la historia en la Región de Murcia* (pp. 567-598). Murcia: Asociación de Cronistas Oficiales de la Región de Murcia.

<sup>41</sup> Biblioteca de Defensa, CDU: 467.41.

<sup>42</sup> *Mercurio de España*. Marzo de 1828, 176.

terrenal [...]. Ni lo montes y lagos de Suiza, ni los ríos y cataratas de América, ni las llanuras del desierto, las ruinas de Roma y de Grecia, ni nada, nada cuanto había visto en Europa, Asia, África y América [...]»<sup>43</sup>.

A continuación, expondremos dos reseñas muy concluyentes dadas en la naciente prensa ilustrada de los decenios centrales del siglo XIX, en este caso acompañadas por dos extraordinarios grabados que mostraban al resto de España aquel paisaje morisco tan idealizado en la literatura prerromántica y romántica. Uno de ellos con la consabida vista de barracas y tipos populares entre huertos, y el otro con una vista, novedosa pero un tanto esquemática e idealizada, de la vega murciana desde los alrededores de la pedanía de Monteagudo (Figuras 1 y 2). Ambas láminas ilustran las páginas del conocido *Semanario pintoresco español*, entre 1845 y 1846. El autor de ambos, el arqueólogo, pintor y dibujante catalán Ibo de la Cortina, miembro a su vez de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Murcia, describía las plantaciones que se extendían a lo largo de la vega y que, asimismo, conformaban en su conjunto el paisaje:

[...] mirad á esa série no interrumpida de jardines, en los que se ostenta el encarnado clavel al lado del naciente trigo; á la rosa, al lado del maíz y la cebada; á el de las abas, los pésoles y las criadillas, la cochinilla y la fresa, y las bajocas; á la corona al lado de la multiplicada morera, y á esta entre infinidad de albericoqueros, manzanos, perales, melocotoneros, almendros, nogales, higueras, naranjos, limeiras, limoneros, acacias, cinamomos, árboles del paraíso, llorones, chopos y pinos; sin dejar de ser notables el sin número de parras en todas partes; de diferentes y apreciadas clases de uvas por entre esa alfombra verde, que deslumbra si se mira alternativamente á ella y á el horizonte, y que impide se descubra la tierra [...]»<sup>44</sup>.



Figura 1. Paisaje de la huerta. *Semanario pintoresco español*. 6 de abril de 1845. Biblioteca Nacional de España.

<sup>43</sup> *El Semanario Murciano*. 12 de enero de 1879, 4.

<sup>44</sup> *Semanario pintoresco español*. 6 de abril de 1845, n° 14, 105.

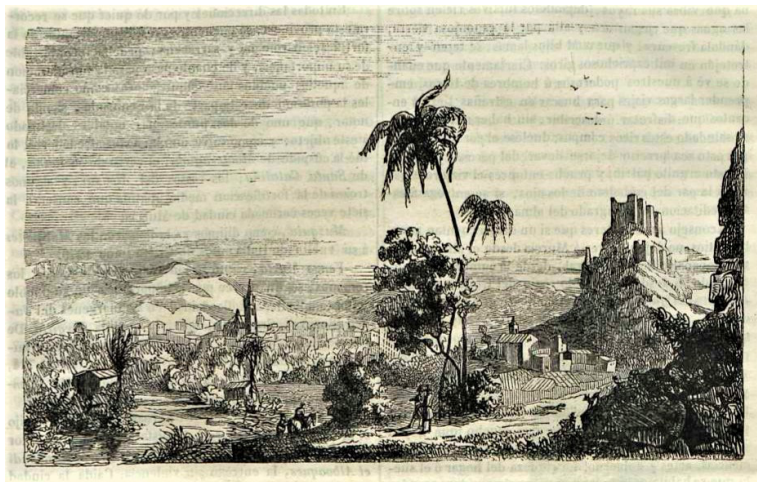


Figura 2. Vista de Murcia desde Monteaguado. *Semanario pintoresco español*. 29 de noviembre de 1846. Biblioteca Nacional de España.

Al año siguiente, De la Cortina volvía a hablar del paisaje huertano, aconsejando a los lectores que si en algún momento visitaban esta ciudad se deleitasen de su bello horizonte desde lo alto de la torre de la catedral:

[...] desde la cumbre del Monte-agudo, ó desde el respaldo régio del trono murciano, la cresta del gallo, cordillera eminente que por el Sur la domina, y encontrarán que si en mi decir hay entusiasmo, hay verdad sin poesía, y digo poesía porque nada puede imaginar el poeta en donde la naturaleza supera y dice mas que el arrebatado y los sueños del mas diestro y poseido trovador. Donde el Creador concedió un cielo tan radiante y claro, vegetación tan rica y balsámica, suelo predilecto, feraz y bien regado [...] <sup>45</sup>.

La Arcadía idílica que dibujaban pintores, grabadores, fotógrafos o literatos durante toda esta centuria se vería altamente alterada por un proceso climatológico característico de las áreas mediterráneas: las riadas. La visión dulcificada del paisaje murciano viró hacia una cruda y catastrófica visión tras la inundación que sufrió la vega del Segura el 15 de octubre de 1879, festividad de santa Teresa, de ahí la denominación de este hito. Tras el desastre que ocasionó tal fenómeno comenzaron a publicarse diversos grabados, muchos de ellos basados en fotografías realizadas in situ, como las del fotógrafo murciano Juan Almagro, las cuales se grabaron para acompañar las crónicas de lo sucedido en los semanarios de la prensa ilustrada del ámbito nacional e internacional. De este hecho catastrófico nos interesa subrayar que tras las muchas noticias y grabados que ilustraron la prensa del momento, finalmente la imagen de la Huerta de Murcia se consolidó dentro del imaginario colectivo europeo, sublimando aún más la imagen de este paisaje. La idea de paisaje exótico murciano quedó materializada en la multitudinaria fiesta solidaria –la *Fête de la*

<sup>45</sup> *Semanario pintoresco español*. 29 de noviembre de 1846, n° 48, 577.



*presse* o la *Fête de Murcie*— que se organizó a beneficio de las víctimas de la inundación en l'Hippodrome de París para la venta del periódico *Paris-Murcie*.

#### 4. Una naturaleza ordenada. La Huerta de Murcia como paisaje en el arte

Desde la fundación de la ciudad de Murcia, un 25 de junio del año 825, el entorno de aquel valle regado por el  *río Blanco* (Wadi al-Abyad) comenzó a experimentar la primera reorganización y reestructuración de su paisaje natural, mediante la regulación y canalización del agua por medio de los sistemas de riego y la roturación del terreno que trajo el mundo musulmán. Tras la Reconquista del reino (1265-66), las miniaturas que ilustraron las famosas *Cantigas* de Alfonso X el Sabio, en concreto la dedicada a Santa María de la Arrixaca, muestran una de las primeras representaciones visuales de la ciudad durante este primer lapso de gestación del paisaje de Murcia. Por tal motivo, y recogiendo los criterios de Belda y Hernández, en estas obras se reproducen pequeños detalles que revelan, esencialmente, el paisaje urbano y un entorno natural con una gran luminosidad en los ambientes y paisajes representados, como también la frondosidad de la vegetación, y donde se presta una especial significación a ciertos rasgos alabados por las crónicas contemporáneas, como podían ser los sistemas de riego habituales de las huertas levantinas<sup>46</sup>. Posiblemente, para los primeros repobladores cristianos del reino de Murcia tras la Reconquista, máxime para los procedentes de la Corona de Castilla, tuvo que ser un verdadero contraste paisajístico el que experimentaron a su llegada al recién conquistado reino. Por el contrario, para los nuevos habitantes llegados desde de la Corona aragonesa, en gran número valencianos y catalanes, les tuvo que suponer un entorno con el que ya estaban familiarizados, pues estos territorios mostraban ya muchas más similitudes geográficas, climatológicas y paisajísticas con el murciano. En definitiva, dentro de las miniaturas de las *Cantigas*, según las observaciones de estos dos profesores, se sintetizaría un primer esquema visual del entorno suburbano para con el paisaje natural.

En la continuidad del naturalismo expresado por el Barroco, la huerta seguiría presente como el escenario preciso en que acontecen aparecimientos y hechos prodigiosos vinculados directamente con la tradición religiosa local, como por ejemplo en la pintura atribuida al valenciano Senén Vila, *Intervención de la Virgen de los Remedios*, datada entre el último tercio del siglo XVII y el primero del XVIII<sup>47</sup>. El literato Fuentes y Ponte describió y ubicó en su *España Mariana* (1880) esta obra en el convento mercedario, donde aún permanece, advirtiendo sobre el contenido y temática del cuadro que:

[...] en la misma pared se conserva el curioso cuadro que manifiesta la aparición de Ntra. Sra. De los Remedios, ó del Cuello Tuerto [...], y su fondo general es un país muy semejante á la huerta de Murcia, donde se ven dos torres que hay al lado

<sup>46</sup> Belda Navarro, C. y Hernández Albaladejo, E. (2006). *Arte en la Región de Murcia: de la Reconquista a la Ilustración*. Murcia: Editorial Regional de Murcia, 112.

<sup>47</sup> Según las investigaciones del profesor Agüera Ros basadas en las aportaciones de Sánchez Moreno, López Jiménez y Caballero Carrillo. En Agüera Ros, J.C. (2002). *Pintores y pintura del Barroco en Murcia*. Murcia: Ligia Comunicación y Tecnología S.L., 391.

de una puerta de la ciudad, y casas detrás de sus murallas: en primer término del asunto se vé un río [...]»<sup>48</sup>.

Además de la interesante representación gráfica del paisaje vegetal del entorno de la urbe murciana, aún se representa una de las puertas que conformaban la muralla medieval de la ciudad. En este caso el hecho milagroso es ubicado en la cercana puerta de Orihuela, la cual daba salida y entrada al camino homónimo que conducía hasta la vecina ciudad alicantina, conectando directamente la ciudad con la huerta.

Aunque la idea de que el paisaje, como proyección de sentimientos literarios y artísticos del Romanticismo, viene ya alimentada desde las ideas prerrománticas de lo sublime y lo pintoresco, la génesis conceptual, según Pena, se puede establecer en el Renacimiento<sup>49</sup>. Por tanto, el arte del siglo XIX, dentro del constante afán por el pasado y por construir la identidad de cada territorio, asumió sobremanera las propias inquietudes del pueblo como algo cargado de aspectos identitarios. Un arte que se acercaba a lo cotidiano, el cual fomentó los valores y peculiaridades de cada región<sup>50</sup>. Por tanto, la aproximación a todo lo referente al entorno de la ciudad civilizada y urbanizada, en este caso representada por la Huerta de Murcia como paisaje autóctono, ha sido considerado por sus habitantes –nobles, burgueses, huertanos...– como lo más expresivo y singular con el que realizar un cántico a estos bellos huertos ajardinados como base de un excepcional elemento identificador e icónico.

Por otro lado, el regionalismo, como una tendencia profunda que asimismo se vincula a otros movimientos estéticos y culturales, nos deja un nomenclátor artístico muy fecundo en cuestiones relacionadas con el paisaje circundante de la urbe murciana y su vinculación con la cultura, el folclore y el color local. Los pintores más significativos que cultivaron esta temática de lo autóctono fueron José María Sobejano, Antonio Meseguer, Obdulio Miralles, Adolfo Rubio, Juan Antonio Gil Montejano o Inocencio Medina Vera, por citar algunos, entre otros muchos<sup>51</sup>. Otros foráneos, como el oriolano Joaquín Agrasot y el granadino José María López Mezquita, también participaron de esta pintura de costumbres dedicada a temas huertanos. Como observaremos, estos artistas tuvieron presente el paisaje que les rodeaba como un añadido de extraordinario atractivo a la temática que representaban, generalmente relacionada con las escenas tradicionales, y los tipos populares vestidos con la indumentaria característica de la región.

En *Atlante español. Reino de Murcia* (1778) de Bernardo Espinalt, con grabados de Juan Fernando Palomino, nos encontramos con una estampa en la que se representa a dos tipos, masculino y femenino, vestidos con la indumentaria tradicional de Murcia (Figura 3). Lo interesante de la lámina es que, como también ocurría en los grabados del Arrendador y Arrendadora de la Huerta de Murcia de la *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos... (1777)* de Cano y Olmedilla, esta tipología social es dibujada dentro de un paisaje que mantenía unas características concordantes con el oficio y la clase social a la que estos personajes pertenecían. Así, aparecen enmarcados en unos entornos naturales, a manera casi de esbozo y en la

<sup>48</sup> Fuentes y Ponte, J. (1880). *España Mariana. Provincia de Murcia. Parte segunda*. Murcia: Diego Marín Libro-Editor (ed. fac. 2014), 91.

<sup>49</sup> Pena López, C. (2010). *op. cit.*

<sup>50</sup> Páez Burruezo, M. (2012). *op. cit.*, 46.

<sup>51</sup> Gutiérrez García, M.A. y Durante Asensio, M.I. (Dir.) (2009). *El Museo de Bellas Artes de Murcia. La colección permanente*. Murcia: Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales, 49.



gran mayoría de casos idealizados o inventados, en los que se intentaba mostrar los elementos más singulares que pudiesen identificar el contexto del tipo humano con la idea conceptual de paisaje huertano. En el caso del grabado que tratamos se muestra «[...] un Hombre, y una Muger vestidos con el traje peculiar al Reyno, ó Provincia de que se trate, en ademán de aplicados al trabajo más común de su País nativo»<sup>52</sup>. Esto es, tal a la observación del autor, labores relacionadas con el trabajo de la tierra, para el varón, y el hilado de la seda, para la mujer, siempre teniendo presente el paisaje de huerta como ambiente envolvente de estos personajes. Aunque la opacidad de este entorno natural se visibilizará más explícitamente y mutará a una visión mucho más realista y expresiva del paisaje en el siglo siguiente.



Figura 3. Palomino, Juan Fernando. *Atlante Español, ó descripcion general de todo el Reyno de España. Tomo I. Reyno de Murcia*, 1778.

Probablemente, un caso paisajístico muy singular de este periodo estuvo representado en el Belén que la familia Riquelme encargó al insigne imaginero murciano Francisco Salzillo en 1776 y concluido en 1800 por su discípulo, Roque López. Fruto de las diferentes corrientes de este siglo, influenciadas por el teatro, la moda o los diversos cambios culturales, emergen este tipo de obras artísticas que exaltaban aquellas pequeñas muestras de cotidianidad de la vida. Gracias a estos cambios, en los belenes españoles importados desde la corte napolitana se exalta una realidad directa o intuitiva en la que se mostraban los ambientes urbanos, los tipos humanos entre sus quehaceres rurales y, como no, ese interés por el paisaje natural<sup>53</sup>. En rela-

<sup>52</sup> Espinalt y García, B. (1778). *Atlante español. Reino de Murcia*. Madrid: Imprenta de Pantaleón Aznar.

<sup>53</sup> Belda Navarro, C. y Gómez de Rueda, I. (2007). Belén y presepe: donde Dios da su bendición. En C. Belda (Dir.), *Salzillo, testigo de un siglo* (pp. 335-346). Murcia: Comunidad Autónoma Región de Murcia.

ción a las arquitecturas que complementan esta obra, las pequeñas maquetas de maderas, en su origen, quedaban amparadas entre un paisaje, sirviéndose de este como un medio organizador de cada escena, el cual estaba compuesto por montañas, árboles, riachuelos, caminos...<sup>54</sup>, todos ellos simuladores de lo que posiblemente fuese el paisaje de la ciudad de Belén, pero que en lo referente a aspectos formales y compositivos estaría muy en relación con el paisaje murciano.

No fue la única obra del insigne escultor murciano en la que el paisaje de huerta estuvo presente. En los pasos de *La Oración en el huerto* (1754) y *La Cena* (1761), pertenecientes a la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, los cuales desfilan el Viernes Santo por la mañana, vemos paralelismos con este paisaje. En el primero, además de componer la escena natural del paso un olivo y la emblemática palmera con sus legendarios dátiles –acaso alusiva al entorno de Murcia–, también el camarín donde se ubica este trono estuvo decorado, posiblemente desde los inicios del siglo XIX, con un paisaje que asemejaba un huerto, en este caso con palmeras y arbolado que se podría corresponder más con limoneros o naranjos que con olivos. Tras los diferentes avatares históricos que ha sufrido la capilla privativa de Jesús, estas pinturas decorativas no han llegado hasta la actualidad, sí conservándose fotografías que lo atestiguan, como las realizadas por la compañía J. Lévy et Cie durante la Semana Santa de abril de 1889<sup>55</sup>. Por su parte, *La Cena* muestra la apoteosis de la propia huerta materializada por los diferentes frutos que en la mesa de este paso se exponen de manera exuberante para la procesión: uvas, manzanas, peras, lechugas, limones, dátiles, higos chumbos, sandías, etc.

El siglo XIX y la llegada de la corriente romántico-costumbrista que se desarrolló a mediados de esta centuria, como ya dijimos, trajo consigo un arte interesado por lo característico y autóctono de cada provincia. Uno de los pintores que mejor supo tratar esta estética en Murcia fue José María Sobejano López, que fue, tal como lo describe Páez, el «narrador cromático de la Arcadía murciana»<sup>56</sup>. Por tanto, encontraremos numerosos cuadros –la gran mayoría en un formato pequeño– en los que el argumento principal gira en torno al paisaje dentro del contexto huertano. Entre otros muchos, en *Palique huertano* (1873), *Mientras rule no es chamba* (1875), *El horno de pan* (1875), *Vendedor de naranjas* (1876) o *La partida de bolos en la huerta* (1889) se nos revela una antología paisajística como entorno natural identitario de la capital del Segura. Asimismo, esta idea, en principio solamente local, pasó a ser en los imaginarios colectivos de España y del resto de Europa una totalidad para con el conjunto de la provincia. Es decir, la propia imagen del paisaje huertano del municipio de Murcia y toda su área metropolitana aglutinó una idea provincial. Este paisaje pasó a ser el identificativo de todo el conjunto territorial de esta región, en parte, aun teniendo una alta discrepancia paisajística entre sus diferentes comarcas: Campo de Cartagena, Altiplano o Noroeste, por ejemplo.

El argumento de todas estas pequeñas tablas está basado en los quehaceres, diversiones, momentos de asueto o modos de vivir de la sociedad rural de Murcia, siempre amparada por los exuberantes y amplios penachos de esbeltas palmeras, altos y robustos chopos, frondosos huertos de limoneros, caminos y sendas paliadas de caducas

<sup>54</sup> Peña Velasco, M.C. de la (1998-1999). La arquitectura en el Belén de Salzillo. *Imafronte*, 14, 163-194.

<sup>55</sup> Hernández Latas, J.A. (2013). Instantaneidad y estereoscopia: el viaje fotográfico a través de España de la compañía parisina J. Lévy et Cie, a finales siglo XIX. *Arte y Ciudad: Revista de Investigación*, 3, 31-58.

<sup>56</sup> Páez Burruezo, M. (2012). *op. cit.*, 51.

moreras; cauces de acequias, azarbes o azarbetas cubiertas de cañaverales y jopos... Siendo ejemplos palmarios las dos pinturas de Sobejano *Mientras que rule no es chamba* y *La partida de bolos en la huerta* (Figura 4), donde el paisaje cobra un especial protagonismo como telón de fondo. En ocasiones este paisaje vegetal se ve alterado por alguna barraca o el propio paisaje urbano de la ciudad de fondo coronado por la imponente torre de la catedral, como ocurre en el *Vendedor de naranjas*, también de este mismo pintor. Y todo ello humanizado por aquellos tipos populares, atávicos personajes de colecciones de la Ilustración, los cuales proliferaron durante el siglo XIX.



Figura 4. Sobejano López, José María. *La partida de bolos en la huerta*, 1889. Museo de Bellas Artes de Murcia.

En los temas tratados por Sobejano se puede apreciar, como insistimos, que este pintor muestra un especial interés por el paisaje de la huerta en casi todos sus cuadros. Los temas que aborda vinculan la escena paisajística con momentos en los que los tipos populares acaparan el protagonismo con su particular indumento. Además, muchas de estas obras, por la pose y el encuadre, están basadas en la ya emergente fotografía, pues muestran muchos paralelismos con las obras del fotógrafo Jean Laurent de tipos murcianos. Tampoco olvidemos que el traje popular supuso un elemento fuertemente arraigado a la identidad provincial, pues en un alto grado estas pinturas intentaban plasmar en sus tipos la parte más autóctona por medio de su indumentaria. Finalmente, las pinturas que nos presentan estos artistas proponen un ambiente puramente pintoresco e idealizado<sup>57</sup>, pues fue el objetivo esencial que pretendían conseguir era exaltar lo lo característico del entorno paisajístico de su provincia.

En *El vale* (Figura 5), fechado en 1890, del versátil pintor Antonio Meseguer, se dibuja el ambiente más singular del paisaje que tratamos, un momento de descanso en un día de faena. Como dijimos, entre la cotidianidad de las gentes de los alrededores

<sup>57</sup> Gutiérrez García, M.A. y Durante Asensio, M.I. (Dirs.) (2009). *op. cit.*, 323.

de la ciudad de Murcia siempre aparece un paisaje ordenado por huertos, caminos amparados por moreras y acequias arboladas. Este mismo pintor también fue el autor de la *Alegoría de Murcia* (Figura 6) que ilustró el poema *De Murcia al cielo*, de José Zorrilla, al cual aludíamos en páginas anteriores. En este, muy parecido en aspectos formales a la pintura reseñada, vuelve a repetir los elementos más característicos de la huerta como paisaje icónico de la ciudad: la barraca, el río Segura –fuente de vida para este espacio natural–, palmeras, cañaverales, bancales de hortalizas..., y la torre de la catedral de fondo, emblema pictórico de la simbiosis entre huerta y ciudad, grímpola de piedra y vigía centenaria que marcó el día a día en toda aquella comarca.



Figura 5. Meseguer Alcaraz, Antonio. *El vale*, 1890. Publicado en Páez Burruezo, M. (2012). *op. cit.*

En los temas de género es donde mejor florece el arte de Antonio Meseguer, pero, aunque su pintura fue muy dispar, los cuadros de costumbres de este artista finalmente volvían a mostrar lo convencional, y en ocasiones con una escasa personalidad. Lo interesante de la obra costumbrista de este pintor es que, al igual que Sobejano, trata el paisaje como parte importante del ambiente, amparando la escena y los tipos populares<sup>58</sup>. Es, por tanto, otro de los pintores que dulcifica y añade los valores conceptuales necesarios para idealizar la realidad del paisaje de la huerta y su entorno. En obras de otros artistas, como por ejemplo *Un día más*, de Inocencio Medina Vera, se muestra un acusado grado de realismo encrudecido, reportando al espectador otros registros o lecturas de la temática que, incluso, exhibe cierta denuncia social por medio de la graduación de la luz en el celaje, un paisaje más áspero y también en las actitudes y fisonomías de los personajes.

<sup>58</sup> Páez Burruezo, M. (2012). *op. cit.*, 95-101.





Figura 6. Meseguer Alcaraz, Antonio. *De Murcia al cielo*, 1888.  
 Archivo General de la Región de Murcia.

#### 4.1. Alegorías paisajísticas

En las representaciones alegóricas de la provincia y ciudad de Murcia, como la que aparece en la *España Geográfica histórica ilustrada*, de Francisco Boronat y José Reinoso, de la segunda mitad del siglo XIX, entre los diferentes símbolos representados que hacen referencia a la grandeza de la nación española y las aportaciones que a ella hace cada territorio, en el caso de Murcia, se señalan en la escena elementos que aluden a la huerta en un segundo plano tras el escudo de la ciudad, como por ejemplo las palmeras. Al igual que hicieron siglos atrás los miniaturistas de la corte del rey Sabio, se incrusta parte de la vegetación característica como un elemento alusivo al paisaje de la provincia.

Asimismo, en la mencionada crónica del viaje de Isabel II, de Fernando Cos-Gayon, aparece un grabado alegórico en el inicio de la primera página atinente a la huerta, en la que se representa un tipo masculino vestido con el consabido indumento regional y el paisaje de la huerta de fondo. En el encabezado superior, a modo de viñeta, está representado el arco de triunfo que se levantó en la plaza de Camachos de Murcia y en el margen izquierdo nuevamente aparece materializada la huerta y las gentes populares avanzando al paso de la comitiva real (Figura 7).

La pintura decorativa de este periodo también incorporó en su temática como recurso identitario y alegórico el paisaje huertano. Son de las manifestaciones plásticas que más acentúan la relación entre naturaleza y arte<sup>59</sup>. Dos ejemplos destacables por su especial significancia, se ubican en sendos edificios memorables para la ciudad de Murcia. Una de estas alegorías decora el techo del Teatro de Romea, la otra

<sup>59</sup> Gutiérrez García, M.A. y Durante Asensio, M.I. (Dirs.) (2009). *op. cit.*, 51.

la cúpula del santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta, en Algezares, y tienen como asunto protagonista el paisaje del valle del Segura. La primera obra, realizada por otro pintor murciano, Antonio de la Torre, y en la que también había colaborado otro magnífico artista de la provincia, Inocencio Medina Vera<sup>60</sup>, fue la definitiva decoración que tras el tercer incendio del inmueble corona el techo del gran patio de butacas desde el año 1900. En esta, entre diversas figuras clásicas femeninas, exaltadoras de las Glorias murcianas, pequeños querubines y una mujer murciana vestida a la usanza tradicional, figura alegórica representativa de la comarca, de fondo se vislumbra la vista general del municipio, destacando en el centro la urbe capitalina rodeada de la frondosa huerta.



Figura 7. Alegoría de la visita real a Murcia. Cos-Gayon, F. (1863).  
*Crónica del viaje...* (1862). Biblioteca Nacional de España.

Muy parecida a la anterior obra, aunque de unos años atrás, pues fue la ganadora del concurso convocado en 1880 para decorar el techo del teatro tras el segundo incendio del teatro, se conserva el boceto realizado por el pintor Manuel Pícolo López. En este, en un amplio celaje sobre el que se intuye de fondo la catedral de Murcia, aparecen diversos personajes centrados sobre un balaustre de resuelta perspectiva. El eje central de la composición lo marca una matrona que simboliza una alegoría de Murcia, sobre una cartela que refiere el nombre del teatro, Romea, portando en su mano derecha una corona de laurel bajo la que están representados los personajes ilustres de la provincia como el pintor Nicolás Villacis, el licenciado Francisco Cascales, el conde de Floridablanca o Jacobo de las Leyes. La matrona apoya su mano izquierda sobre el escudo de la ciudad, al tiempo que, y esto es lo que nos interesa

<sup>60</sup> Páez Burruezo, M. (2012). *op. cit.*, 124.



señalar, representa una alegoría de la huerta personificada, nuevamente, por otra figura de mujer vestida con la indumentaria tradicional con un cesto de flores y frutos. Junto a esta otra figura, en este caso masculina, se identifica con la alegoría de la industria, pues este hombre de torso desnudo sujeta utensilios que se corresponden con la minería. Justo detrás de la matrona central aparecen otras figuras aladas relacionadas con la victoria, la danza, la tragedia y la comedia<sup>61</sup>. En todas las pinturas alegóricas que decoran otros tantos edificios de la capital también aparece una cierta complacencia barroca y romántica por las representaciones de paisajes exóticos, los cuales crean un seductor ambiente festivo de deslumbrante teatralidad escenográfica<sup>62</sup>, como sucede en el techo del salón de baile del Casino de Murcia, obra del ya mencionado Manuel Picolo.

Aunque sobrepasemos la cronología establecida en este estudio, no debemos dejar fuera de lugar la media naranja de la cúpula del santuario de La Fuensanta que el pintor Pedro Flores realizó en 1950. El tema principal aborda la romería de la patrona de Murcia, pero aquí el artista incorpora una amplísima representación alegórica de la historia del municipio y la provincia, materializada en la pléyade literaria, artística, política, tradicional, religiosa o costumbrista. Asimismo, Flores, como los demás artistas, recurre nuevamente al paisaje de la huerta como recurso icónico y todo lo que en ella se despliega como parte de la vida que se ha desarrollado en lo que antiguamente fue considerado extramuros de la urbe. Por tanto, el paisaje que ya hemos descrito en diversas ocasiones aparece envolviendo y circundando la escena, sumando la parte humana con mujeres y hombres vestidos con el indumento tradicional, nazarenos de la Semana Santa murciana, los Cuatro Santos de Cartagena, canónigos de la catedral, nobles, artistas, políticos y literatos, como el conde de Floridablanca o Saavedra Fajardo. Una parte importante de las tradiciones que se imbrican con el paisaje humano de la huerta queda personificada en la obra de Flores en uno de los ritos religiosos más ancestrales de esta provincia, las campanas de *auroros*<sup>63</sup>, que se extendían y proliferaban por casi todas las parroquias y pedanías de la huerta, así como en otras zonas de campo y municipios de esta región.

Sin duda, y en aras de estas últimas obras referidas, para ver e identificar cómo el paisaje de Murcia se fue resolviendo dentro del siglo XIX en base a las diferentes artes, no debemos pasar por alto que las iconografías o personajes insertos son igualmente la representación de todo el paisaje, en este caso desde la parte humana que simbolizan los tipos populares, pues mostraban y añadían una increíble carga de simbolismo.

## 4.2. Las sendas huertanas que recorre la fotografía

A partir de la segunda mitad del siglo XIX irrumpe la fotografía. Así, a las representaciones visuales ya tradicionales –grabados, pinturas, litografías, cromolitografías–

<sup>61</sup> Gutiérrez García, M.A. y Durante Asensio, M.I. (Dirs.) (2009). *op. cit.*, 397.

<sup>62</sup> Pérez Rojas, J. (1980). 1805-1930: un tiempo de estancamiento y evolución. Arquitectura y Urbanismo. En Chacón Jiménez, F., Segado del Olmo, A., Ayala Juan, M.M., Flores Arroyuelo, F., González Ortiz, J.L. y Gutiérrez-Cortines Corral, C. (Coords.), *Historia de la Región Murciana* (pp. 181-243). Murcia: Ediciones Mediterráneo.

<sup>63</sup> Sobre estas agrupaciones, al amparo de las hermandades de Ánimas, del Rosario o La Aurora para cantar las salves de la Pasión, difuntos, Navidad o tiempo ordinario, véase a Flores Arroyuelo, F. J. (1988). Los auroros de la huerta de Murcia. *Narria: Estudios de artes y costumbres populares*, 49-50, 46-51.

se les va a sumar esta práctica artística. Desde este periodo aparece en la escena nacional el fotógrafo francés Jean Laurent, rastreador intrépido de las más deliciosas imágenes de monumentos, ciudades, paisajes o tipos y escenas populares de prácticamente todo el territorio nacional. Y es que todos estos ambientes, ya arcaicos, iban desapareciendo poco a poco de la, cada vez más, industrializada y europeizada España<sup>64</sup>. Debemos señalar que la primera fotografía panorámica que se realiza de la ciudad de Murcia, durante la visita de Isabel II, fue realizada por el fotógrafo galés Charles Clifford<sup>65</sup>: una vista desde Este en la que aparece el río Segura, el Puente Viejo, parte del barrio del Carmen, la torre de la catedral y el antiguo Hospital de San Juan de Dios. Durante el periodo isabelino, una minoría intelectual de escritores, pintores e incluso arquitectos murcianos comienzan a preocuparse e interesarse por el pasado de esta región en base a su arte, historia, tradiciones o paisajes, siendo conscientes de la importancia que ya tenía la huerta de Murcia dentro del imaginario colectivo nacional e internacional. Juan José Belmonte, el artífice de la reforma que se llevó a cabo en el consistorio murciano a mediados del siglo XIX, especificaba que, al enfatizar el balcón principal de dicho inmueble, la elevación del Ayuntamiento en esta zona de la ciudad junto al río daba una hermosa vista de la huerta que desde el balcón principal «presenta a los viajeros que visiten el país, la frondosidad y abundancia de la naturaleza»<sup>66</sup>.

Casi en paralelo a Laurent, otros fotógrafos, como el murciano Juan Almagro, también realizaron diversas instantáneas de vistas de la Huerta y de tipos populares que, como el fotógrafo francés, aún conservaban ese paladar dulcificado emanado de la pintura: posados de tipos vestidos a la usanza tradicional, casi disfrazados, en actitudes artificiosas y totalmente premeditadas, panorámicas del paisaje suburbano, hitos arquitectónicos, etc. La antítesis a este tipo de fotografías, normalmente mostrando ciudades deshabitadas, calles espectrales y monumentos totalmente aislados y tipos humanos vestidos de forma pintoresca en actitudes poco realistas, la hallamos en las instantáneas realizadas por los fotógrafos parisinos de la firma J. Levy et Cie<sup>67</sup>, en las que hay un cambio de paradigma en paisajes y ciudades mucho más humanizadas: tipos en sus quehaceres diarios, festividades, días de mercado... Una fotografía mucho más objetiva y novedosa, pues ya aparecen coloreadas. No obstante, lo que nos interesa subrayar de todas estas fotografías, bien idealizadas, bien realistas, son las vistas que se muestran de los entornos de huerta en la ciudad de Murcia (Figuras 8 y 9). Para ello recurrimos a las ya icónicas imágenes de Jean Laurent, pues pasan a mostrar en su conjunto –como expresaba Vicente Medina– el paisaje más carismático y cultural de Murcia en base a unas estampas muy estudiadas en las poses y los aspectos costumbristas e identitarios que se querían mostrar. Además, siempre fusionando la parte humana con la natural como componentes inseparables del concepto paisaje.

<sup>64</sup> Sánchez Martínez, M. (2006). Romanticismo, costumbrismo y folk-lore en Murcia a fines del siglo XIX. *Revista Murciana de Antropología*, 13, 389-411.

<sup>65</sup> Cos-Gayon, F. (1863). *op. cit.*

<sup>66</sup> Pérez Rojas, J. (1980). *op. cit.*, 198.

<sup>67</sup> Tras un primer viaje a España, los fotógrafos de esta compañía realizaron un segundo durante los años 1888 y 1889, posiblemente con motivo de la Exposición Universal de Barcelona de 1888 para fotografiar las instalaciones de esta. Además, visitaron la ciudad de Murcia para realizar instantáneas de la procesión del Viernes Santo de 1889, en la que realizaron otras más de diversos monumentos, calles y plazas, así como de varios paisajes huertanos de los alrededores de la ciudad. En Hernández Latas, J.A. (2013). *op. cit.*



Figuras 8 y 9. Laurent Minier, Jean. *Murcia 983-984 Paisaje de la huerta*, J. Laurent y Cia. Madrid, h. 1870.

## 5. Consideraciones finales

En cierto modo, tal a los planteamientos ya expuestos, el paisaje murciano sí que lo podríamos vincular a algunos paisajes similares de huerta de las cuencas del Mediterráneo, máxime en lo concerniente al concepto de paisaje como imagen pública y

reconocida de la ciudad<sup>68</sup>, esencialmente, como ya constatamos al inicio, con el de la Huerta de Valencia. Sin duda, la singularidad del paisaje de la Huerta de Murcia en relación a otros análogos, como el ejemplo ya citado, radicaba en el entorno que lo circundaba, pues la aridez del ámbito geográfico de la ciudad de Murcia –entre un valle rodeado de montañas por ambos lados–, donde también se insertan zonas de secano y campo, contrastaba con el paisaje de la huerta valenciana, con mucha más vegetación, puesto que el concepto de oasis quedaba mucho más patente en todo el entorno de la vega del Segura. Esta misma idea de paisaje-oasis también estuvo muy presente en los paisajes de huerta que circundan las vecinas ciudades alicantinas de Orihuela y Elche, o en las pequeñas huertas de algunos municipios del valle de Ricote, situado en la zona más alta de la Vega Media del Segura, por ejemplo.

Las diferentes prácticas artísticas que hasta aquí hemos expuesto, también las literarias, finalmente consiguieron transmitir al espectador una realidad tamizada bajo conceptos idílicos y, en cierto modo, de ensoñación del paisaje, como un entorno natural, que conformaba la comarca de la Huerta de Murcia. También, propios y ajenos colaboraron en la gestación de, en parte, ese paisaje ideal, ya que fue exportado a otras regiones de España y países europeos por medio de las artes y la literatura del siglo XIX, creando un imaginario colectivo sobre la cultura de esta provincia en base a estos preceptos. La capacidad de generar ese imaginario social fue, en relación al concepto actual de la obra de Nogué y San Eugenio<sup>69</sup>, la que dio una marca a este territorio, la cual proyectó las singularidades de su paisaje en el exterior. En este caso, hasta la aparición de la fotografía y de la prensa ilustrada, la imagen de Murcia, algo vaga visualmente hablando, estuvo basada en los textos literarios y de viajes, agudizando estos aún más la creación conceptual de la imagen de este paisaje. Por tanto, toda esta masa de relatos ocasionó que la Huerta de Murcia, como un entorno natural y paisajístico que circundaba –hoy en menor medida– las áreas suburbanas de la ciudad y con un significado de extraordinario valor cultural, se configurara como una verdadera expresión artística a modo de jardines de la ciudad de Murcia<sup>70</sup>.

En esta naturaleza ordenada representada por el arte, asimismo, hemos querido incluir, en todo su conjunto, la parte humana, representada por las gentes de clase popular y sus tradiciones, formas de vestir, cultura, modos de vida..., así como la parte arquitectónica, materializada por la propia ciudad y sus monumentos, pues como advirtió el político Francisco Silvela al prologar la obra del abogado y erudito murciano Pedro Díaz Cassou, *Ordenanzas y costumbres de la Huerta de Murcia* (1889), en referencia a la cultura musulmana «[...] crearon la población del paisaje, como el paisaje mismo»<sup>71</sup>. De esta suerte, en palabras de Pena, este paisaje es el resultado de la mirada humana, pues «la naturaleza existe sin el hombre, pero el paisaje no»<sup>72</sup>. Por tanto, en todo su conjunto, el paisaje que conformó la comarca de la Vega Media del Segura, natural, cultural, patrimonial, humano, tradicional..., fue el resultado de la confluencia entre sociedad, arte y literatura durante todo el siglo XIX, por lo que ha terminado por tener la consideración de patrimonio. Por medio de su

<sup>68</sup> Díez Torrijos, I. y Sanchis Ibor, C. (2007). *op. cit.*

<sup>69</sup> Nogué i Font, J. y San Eugenio Vela, J. de (2017). La contribución del paisaje visual en la generación de marcas territoriales. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 27, 143-160.

<sup>70</sup> García, C. (1998). *Arte valenciano*. Madrid: Ediciones Cátedra, 31.

<sup>71</sup> Díaz Cassou, P. (1889). *Ordenanzas y costumbres de la Huerta de Murcia*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Fortanet.

<sup>72</sup> Pena López, C. (2010). *op. cit.*

singularidad, la relevancia, el valor y la perdurabilidad se ha otorgado el valor actual y la representatividad de este territorio<sup>73</sup>.

Literatos de principios del siglo XX ya auguraron el futuro incierto de este paisaje mediterráneo, de su devenir caótico dentro del expansionismo urbanístico que ya se había comenzado a desarrollar en diversas ciudades españolas, y de los cambios sociales palpables en los modos de vivir y sentir de las gentes de los espacios suburbanos de las capitales. F. Gil Asensio, hablando de la barraca, la vivienda tradicional de las áreas rurales de las huertas del Levante español, advertía que «la huerta de Valencia –como la de Murcia, su hermana–, cuando destruyan el atractivo de esas encantadoras casitas vestidas de blanco, parecerá á los ojos de los huertanos, abatidos, campos de desolación, de tristeza infinita [...]»<sup>74</sup>. Pero, finalmente, los propios huertanos, convivientes autóctonos de este paisaje, sucumbieron ante el avance industrial, cultural y social y, progresivamente, fueron ellos mismos quienes dejaron de asistir aquellos fulgurantes huertos-jardines que tanta fama dieron a esta región durante todo el siglo XIX. Esa naturaleza ordenada y paisajística de origen medieval mutó hacia un paisaje mucho más urbanizado en lo largo y ancho de la Vega Media del Segura. Una de las principales tragedias de la posmodernidad ha sido la insuficiencia y torpeza al actuar sobre el paisaje sin destruirlo, sin romper su singularidad y sin destrozar los aspectos que le han confirieron continuidad histórica, advierte Nogué<sup>75</sup>. Por tanto, una vez destruido el paisaje lo siguiente es la destrucción de la identidad del territorio que abarca ese paisaje. La idea de este autor enlaza con el criterio de Esther Valdés<sup>76</sup>, ya que desde mediados del siglo XX la homogeneización de las ciudades derivada de la globalización ha mermado el valor identitario en diversos lugares, lo que ha conllevado su necesaria protección.

Todo esto ha dado como resultado que, desde la primera mitad del siglo XX, según Hernández<sup>77</sup>, los paisajes rurales tradicionales, como el que hemos abordado en este estudio, han sufrido una progresiva degradación. Por tanto, lo que hoy en día encontramos de aquel idílico concepto de oasis de siglos pretéritos ha pasado a ser algo baladí. En consecuencia, la nueva sociedad del siglo XXI, más sensibilizada con la recuperación de lo autóctono y la tradición, ha sido la que ha intentado recuperar y revalorizar el entorno histórico-natural de la ciudad de Murcia, en lo que se refiere a su hábitat natural, sistemas de riego, prácticas de cultivo, arquitecturas tradicionales, ritos y costumbres que giren en torno al paisaje de la ya mítica Huerta de Murcia, recuperando, en parte, ese color identitario que los tres primeros tercios del siglo pasado borrarón, y siendo declarados patrimonio inmaterial de Murcia.

## Bibliografía

Agüera Ros, J.C. (2002). *Pintores y pintura del Barroco en Murcia*. Murcia: Ligia Comunicación y Tecnología S.L.

<sup>73</sup> Iranzo García, E. (2009). *El paisaje como patrimonio rural: propuesta de una sistemática integrada para el análisis de los paisajes valencianos* (Tesis doctoral). Universidad de Valencia, Valencia.

<sup>74</sup> *La Esfera*. 13 de noviembre de 1920, N.º 358.

<sup>75</sup> Nogué i Font, J. (2007). *op. cit.*

<sup>76</sup> Valdés Tejera, E. (2018). La percepción del paisaje desde la realidad de Occidente: Entre la naturaleza y la razón. *Ecozon@ [Ecozona] European Journal of Literature, Culture and Environment*, 9(2), 8-22.

<sup>77</sup> Hernández Hernández, M. (2009). *op. cit.*



- Almarcha Núñez-Herrador, E., Díez de Baldeón García, P., Peris Sánchez, D. y Sánchez Sánchez, I. (2011). *Paisajes de los Conjuntos históricos. Castilla-La Mancha*. Ciudad Real: Centro de Estudios de Castilla-La Mancha (UCLM).
- Belda Navarro, C. y Hernández Albaladejo, E. (2006). *Arte en la Región de Murcia: de la Reconquista a la Ilustración*. Murcia: Editorial Regional de Murcia.
- Belda Navarro, C. y Gómez de Rueda, I. (2007). Belén y presepe: donde Dios da su bendición. En C. Belda (Dir.), *Salzillo, testigo de un siglo* (pp. 335-346). Murcia: Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.
- Cascales, F. (1775). *Discursos históricos de Murcia y su Reino*. Murcia: Francisco Benedito. Impresor y Mercader de Libros.
- Calvo García-Tornel, F. y Olivares Galván, P. (1968). La huerta de Murcia en los siglos XII y XIII. *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras*, 26(4), 423-432.
- Ceán Bermúdez, J.A. (1786). *Viajes del Sr. Ceán por Andalucía, Extremadura, Murcia y Valencia*. Biblioteca Nacional de España. Sig. Mss/21454/5.
- Cos-Gayon, F. (1863). *Crónica del viaje de sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en septiembre de 1862*. Madrid: Imprenta Nacional.
- Díaz Cassou, P. (1889). *Ordenanzas y costumbres de la Huerta de Murcia*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Fortanet.
- Díez Torrijos, I y Sanchis Ibor, C. (2007). Territorio e imagen. La percepción del paisaje de la Huerta de Valencia. *Saitabi*, 57, 63-76.
- Espinalt y García, B. (1778). *Atlante español. Reino de Murcia*. Madrid: Imprenta de Pantaleón Aznar.
- Frey Sánchez, A.V. (2005). Más viajes de extranjeros por el Reino de Murcia. El archiduque Maximiliano de Austria en Murcia (1851-1852). *Murgetana*, 113, 99-120.
- Fuentes y Ponte, J. (1880). *España Mariana. Provincia de Murcia. Parte segunda*. Murcia: Diego Marín Librero-Editor (ed. fac. 2014).
- García, C. (1998). *Arte valenciano*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Guinot Rodríguez, E. (2008). El paisaje de la Huerta de Valencia. Elementos de interpretación de su morfología espacial de origen medieval. En V.V. A.A., *Historia de la ciudad V: Tradición y progreso* (pp. 115-129). Valencia: Colegio Oficial de Arquitectos de la Comunidad Valenciana.
- Gutiérrez García, M.A. y Durante Asensio, M.I. (Dirs.) (2009). *El Museo de Bellas Artes de Murcia. La colección permanente*. Murcia: Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales.
- Hernández Hernández, M. (2009). El paisaje como seña de identidad territorial: valorización social y factor de desarrollo, ¿utopía o realidad?. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 49, 169-183.
- Hernández Latas, J.A. (2013). Instantaneidad y estereoscopia: el viaje fotográfico a través de España de la compañía parisina J. Lévy et Cie, a finales del siglo XIX. *Arte y Ciudad: Revista de Investigación*, 3, 31-58.
- Iranzo García, E. (2009). *El paisaje como patrimonio rural: propuesta de una sistemática integrada para el análisis de los paisajes valencianos* (Tesis doctoral). Universidad de Valencia, Valencia.
- Iranzo García, E. y Vega Zamorano, E. de la (2018). Los valores paisajísticos de la Huerta de Valencia y su potencial didáctico. *Revista Otarq*, 3, 168-194.
- López Delgado, J.A. (1999). *Eduardo Rosales en Murcia*. Murcia: Museo Ramón Gaya, Ayuntamiento de Murcia y Caja Murcia.



- Marín Mateos, J.A. (2019). Las inundaciones como sistema defensivo. En R. Montes (Coord.), *El agua a lo largo de la historia en la Región de Murcia* (pp. 567-598). Murcia: Asociación de Cronistas Oficiales de la Región de Murcia.
- Medina, V. (1929). *Aires murcianos*. Rosario de Santa Fe (Argentina): Imp. de Carlos Pignolo.
- Mergelina, C. de (2001). La batalla del Huerto de las Bombas. El Ranero (Murcia). *Revista de Estudios Yeclanos. Yakka*, 11, 61-64.
- Nogué i Font, J. (2007). Paisaje, identidad y globalización. *Fabrikart: arte, tecnología, industria, sociedad*, 7, 373-382.
- Nogué i Font, J. y San Eugenio Vela, J. de (2017). La contribución del paisaje visual en la generación de marcas territoriales. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 27, 143-160.
- Ortega Cantero, N. (2004). Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje. En N. Ortega (Ed.), *Naturaleza y cultura del paisaje* (pp. 9-36). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Páez Burruezo, M. (2012). *Un ciclo pictórico regional. Murcia 1800-1930*. Murcia: Pictografía.
- Pena López, C. (2010). Paisajismo e identidad. *Arte español. Estudios Geográficos*, 269, 505-543.
- Peña Velasco, M.C. de la (1998-1999). La arquitectura en el Belén de Salzillo. *Imafronte*, 14, 163-194.
- Pérez Rojas, J. (1980). 1805-1930: un tiempo de estancamiento y evolución. Arquitectura y Urbanismo. En Chacón Jiménez, F., Segado del Olmo, A., Ayala Juan, M.M., Flores Arroyuelo, F., González Ortiz, J.L. y Gutiérrez-Cortines Corral, C. (Coords.), *Historia de la Región Murciana* (pp. 181-243). Murcia: Ediciones Mediterráneo.
- Quirós Linares, F. (2004). El paisaje urbano de la geografía española moderna. En N. Ortega (Ed.), *Naturaleza y cultura del paisaje* (171-199). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Sánchez Martínez, M. (2006). Romanticismo, costumbrismo y folk-lore en Murcia a fines del siglo XIX. *Revista Murciana de Antropología*, 13, 389-411.
- Torres Fontes, J. (1993). Vaivén musulmán murciano. *Murgetana*, 86, 5-17.
- Torres-Fontes Suárez, C. (1996). *Viajes de extranjeros por el Reino de Murcia*. Murcia: Asamblea Regional y Real Academia Alfonso X el Sabio.
- Valdés Tejera, E. (2018). La percepción del paisaje desde la realidad de Occidente: Entre la naturaleza y la razón. *Ecozon@ [Ecozona]European Journal of Literature, Culture and Environment*, 9(2), 8-22.
- Zorrilla Moral, J. (1888). *De Murcia al cielo*. Madrid: R. Velasco, Impresor.
- Zubelzu Mínguez, S. y Allende Álvarez, F. (2015). El concepto de paisaje y sus elementos constituyentes: requisitos para la adecuada gestión del recurso y adaptación de los instrumentos legales en España. *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, 24(1), 29-42.

